

La senda de los Alpes: La historia de mi carrera

I

Cuando el editor de *Everywoman's World* me pidió escribir “La historia de mi carrera”, sonreí con una pizca de incrédula diversión. ¿Mi carrera? ¿Tenía yo una carrera? ¿No era una “carrera” —o no debía ser— algo espléndido, maravilloso o cuando menos espectacular, algo diferente y emocionante? ¿Podía mi larga lucha cuesta arriba, a lo largo de muchos años tranquilos y sin acontecimientos de interés, ser llamada una “carrera”?

Nunca se me había ocurrido llamarla así; y, en un primer pensamiento, no me parecía que hubiera mucho que decir de esa larga y monótona lucha. Pero parecía ser un capricho del mencionado editor que yo debía contar lo poco que había para contar; y en esos mismos largos años he adquirido el hábito de acomodarme a los caprichos de editores a un extremo tan crónico que no he sido capaz de librarme de ello. Así que contaré mi sosa historia con alegría. Si no hace algo más, puede servir para animar a otra trabajadora incansable que esté luchando en el agotador camino al éxito que una vez transitó.

Hace muchos años, cuando aún era una niña, recorté de una revista que sigue en circulación un trozo de un verso, este se titulaba “A la genciana”, y lo pegué en la esquina del pequeño portafolios en el cual escribía mis cartas y ensayos escolares. Cada vez que abría el portafolios leía uno de esos versos; era el fundamento de mi propio objetivo y ambición:

“Entonces suspira, florece, en tu sueño
 Cómo podría yo ascender
La senda de los Alpes, tan dura, tan empinada,
 Que conduce a alturas sublimes;
 Cómo podría yo alcanzar esa lejana meta
 De verdadera y honrada fama,
Y escribir sobre su brillante pergamino
 El humilde nombre de una mujer.”

Es ciertamente una “dura y empinada” senda; y si cualquier palabra que yo pudiera escribir sirviera o animara a cualquier peregrino que va por esa senda, escribiría esa palabra con alegría y de buen grado.

Nací en el pequeño pueblo de Clifton, Isla del Príncipe Eduardo. “La vieja Isla del Príncipe Eduardo” es un buen lugar para nacer, un buen lugar en el cual pasar la niñez. No puedo pensar en un lugar mejor. Nosotros los nacidos en la Isla del Príncipe Eduardo somos una raza leal. En lo secreto de nuestras almas creemos que no hay lugar como la pequeña provincia que nos vio nacer. Podemos sospechar que no es *totalmente* perfecta, no más que cualquier otro punto del planeta, pero no nos atraparás admitiéndolo. ¡Y podemos odiar furiosamente a cualquiera que lo diga! La única manera de engatusar a un isleño para que critique a su amada provincia es alabarlo exageradamente a él. Entonces, para menospreciar la ira de los dioses y ocultar decentemente su propio orgullo desbordante, él, quizás, será inducido a un estado que tiene uno o dos inconvenientes, simples manchas en el sol. ¡Pero su interlocutor no debe cometer el imperdonable pecado de coincidir con él!

Sin embargo, la Isla del Príncipe Eduardo es realmente una hermosa provincia, el lugar más hermoso de América, creo. En otros sitios hay paisajes más espléndidos y vistas de categoría; pero en encanto immaculado y sosegado no tiene rival. “Rodeada por el intacto mar”, flota sobre las olas del golfo azul; es un verde retiro y “el lugar predilecto de antigua paz”.

Mucha de la belleza de la isla se debe al vívido contraste de colores: el intenso rojo de los serpenteantes caminos, el brillante esmeralda de las tierras altas y las praderas, el resplandeciente zafiro del mar circundante. Es el mar lo que hace a la Isla del Príncipe Eduardo en muchos más sentidos que el geográfico. No puedes alejarte del mar allí. Salvo por algunos pocos lugares en el interior, siempre es visible en algún lugar, aun si solo una franja azul entre las distantes colinas, o un destello turquesa a través de oscuras ramas de abeto bordeando un estuario.

Grande es nuestro amor por él; su olor penetrante se mezcla con nuestra sangre: su canto de sirenas suena siempre en nuestros oídos; y no importa si vagamos por tierras lejanas, el murmullo de sus olas siempre nos llama a la tierra natal en nuestros sueños. Por pocas cosas estoy más agradecida que por el hecho de haber sido nacida y criada al lado del azulado golfo St. Lawrence.

Y aun así no podemos definir el encanto de la Isla del Príncipe Eduardo en términos de tierra o mar. Es demasiado impreciso, demasiado sutil. A veces tengo el pensamiento de que fue un toque de austeridad en un paisaje isleño lo que le da su peculiar encanto. ¿Y de dónde viene esa austeridad? ¿Está en el retozar de los abetos y píceas? ¿Está en el vigorizante olor de la sal en el aire? ¿O va aún más profundo, a la misma alma de la tierra? Porque las tierras tienen personalidad justo como la tienen los seres humanos; y para conocer esa personalidad debes vivir en la tierra y acompañarla, y obtener de ella sustento para el alma y el espíritu; solo entonces puedes realmente conocer una tierra y ser reconocido por ella.

Mi tatarabuelo fue Hugh John Montgomery; mi tatarabuela fue Clara Woolner Macneill. Así que vengo de ancestros escoceses, con una pizca de ingleses de varios “abuelos” y “bisabuelos”. Había muchas tradiciones e historias en ambos lados de la familia; cuando era niña, escuchaba con deleite mientras mis mayores hablaban de ellos alrededor de las chimeneas en el invierno. El romance de ellas estaba en mi sangre; me volvía loca de contento el atractivo de la aventura que había conducido a mis ancestros desde la Antigua Tierra, una tierra a la que siempre escuché ser llamada “Hogar”, por hombres y mujeres cuyos padres eran nacidos y criados en Canadá.

Hugh Montgomery vino a Canadá desde Escocia. Se embarcó en un navío con destino a Quebec; pero el destino y la voluntad de una mujer tomaron cartas en el asunto. Su esposa estuvo desesperadamente mareada todo el camino a través del Atlántico, y en ese entonces un viaje por el Atlántico no era una travesía de cinco días. En la costa norte de la Isla del Príncipe Eduardo, entonces una tierra agreste y boscosa, con pocas y aisladas casas, el capitán viró con el propósito de reabastecer su provisión de agua.

Envió un bote a la orilla, y le dijo a la pobre señora Montgomery que podía bajar para variar un poco. La señora Montgomery bajó, y cuando sintió la bendita tierra seca bajo sus pies una vez más, le dijo a su marido que quería quedarse allí. Nunca volvió a poner los pies en otro barco. Las protestas, súplicas, discusiones, todas fueron en vano. La pobre dama estaba resuelta a quedarse, y allí, forzosamente, su marido debía quedarse con ella. Así que los Montgomery vinieron a la Isla del Príncipe Eduardo.

Su hijo Donald, mi bisabuelo, fue el héroe de otro romance en esos primeros días, Usé esta historia en mi libro *La niña de los cuentos*. La Nancy y la Betty Sherman de la historia contada allí eran Nancy y Betsy Penman, hijas del grupo Lealista a la Unidad del Imperio que vino de los Estados Unidos cerca de la Guerra de Independencia. George Penman había sido un funcionario encargado de pagos en la Armada Británica; por haberle sido decomisada toda su propiedad era muy pobre, pero la belleza de las muchachas Penman, especialmente Nancy, era tan especial que no le faltaban pretendientes de todas partes. El Donald Fraser de *La niña de los cuentos* era Donald Montgomery, y Neil Cambel era David Murray, de Bedeque.

La única floritura que me permitió a mí misma al contar la historia fue darle a Donald un caballo y un bote. En la realidad, lo que él tenía era un cabestro medio torcido, enganchado a un trineo de madera rústica, ¡y fue con esta romántica carroza que fue presto a la Bahía Richmond a proponerle matrimonio a Nancy!

Mi abuelo, el senador Montgomery, era el hijo de Donald y Nancy, y heredó su majestuosa presencia y apuesto rostro de su madre. Se casó con su prima hermana, Anne Murray, de Bedeque, la hija de David y Betsy. Así que Nancy y Betsy fueron al mismo tiempo mis bisabuelas. Si Betsy viviera hoy, no tengo duda, sería una ferviente sufragista. Ni la más adelantada feminista podría apenas desdeñar viejas convenciones tan efectivamente como ella cuando le propuso matrimonio a David. Puedo agregar que siempre me contaron que ella y David eran la pareja más feliz del mundo.

Fue de la familia de mi bisabuela, los Macneill, que heredé mi habilidad para escribir y mis gustos literarios. John Macneill vino a la Isla del Príncipe Eduardo en 1775; su familia pertenecía a Argyleshire y habían sido adeptos a los infortunados Estuardos. En consecuencia, el joven Macneill encontró que un cambio de clima probablemente le beneficiaría. Hector Macneill, un casi poeta escocés, fue uno de sus primos. Él fue el autor de varias hermosas y bien conocidas letras, entre ellas “Te vi mi cosilla pequeña, eras mi cosilla”, “No quiero un chico”, y “Cúbrete con mi tartán”, esta última a menudo se le atribuye erróneamente a Burns.

John Macneill se estableció en una granja de la costa norte en Cavendish, y tuvo una familia de doce hijos, el mayor fue William Macneill, mi bisabuelo, comúnmente conocido como el “Viejo orador Macneill”. Él era un hombre muy inteligente, bien educado para ese tiempo, y ejercía una amplia influencia en la política provincial. Se casó con Eliza Townsend, cuyo padre era el capitán John Townsend de la Marina Británica. Su padre, James Townsend, había recibido una concesión de tierra en la Isla del Príncipe Eduardo de parte de Jorge III, la cual llamó Park Corner, en honor de la antigua propiedad de la familia en Inglaterra.

De allá vino, trayendo con él a su esposa. Ella estaba amargamente nostálgica, y rebelde también. No se quitó su cofia durante semanas después de su llegada, sino que iba por la casa con ella puesta, exigiendo imperiosamente ser llevada a su hogar. Nosotros los niños, quienes escuchamos la historia, nunca nos cansábamos de especular si se quitaba la cofia por la noche y se la ponía de nuevo por la mañana, o si dormía con ella puesta. Pero no regresaría a casa, así que eventualmente se quitó la cofia y se resignó a su suerte. Ella duerme pacíficamente en el pequeño y antiguo cementerio familiar en los bancos del “Lago de las aguas refulgentes”, en otras palabras, el estanque de los Campbell en Park Corner. Una vieja y roja losa de piedra arenisca marca el lugar donde yacen ella y su esposo, y sobre esta se encuentra grabado este epitafio cubierto de musgo, uno de los más prolijos epitafios de una generación que tenía tiempo de grabar tales epitafios y tenía tiempo para leerlos.

“A la memoria de James Townsend, de Park Corner, Isla del Príncipe Eduardo. También de Elizabeth, su esposa. Ellos emigraron de Inglaterra a esta isla en 1775 D.C., con dos hijos y tres hijas, a saber: John, James, Eliza, Rachel y Mary. Su hijo John murió en Antigua durante la vida de sus padres. Su afligida madre lo siguió a la Eternidad con paciente resignación en el decimoséptimo día de abril de 1795, en el sexagésimo noveno año de su edad. Y su desconsolado esposo partió de esta vida el vigesimoquinto día de diciembre de 1806, en el octogésimo séptimo año de su edad.”

¡Me pregunto si algún nostálgico sueño se le apareció a Elizabeth en su descanso de más de cien años!

William y Eliza Macneill tuvieron una enorme familia en la cual todos los miembros poseían un marcado poder intelectual. Su educación consistió solamente en los escasos y ocasionales períodos del distrito escolar de esos rudimentarios y primeros días; pero, si las circunstancias hubiesen sido más amables, algunos de ellos habrían llegado alto. Mi abuelo, Alexander Macneill, era un hombre de gustos literarios fuertes y puros, con una considerable habilidad para la composición en prosa. Mi tío abuelo, William Macneill, podía escribir excelentes versos satíricos. Pero su hermano mayor, James Macneill, era un poeta nato. Compuso cientos de poemas, los cuales recitaba a veces a personas privilegiadas.

Estos poemas nunca fueron escritos, y ninguna de sus líneas, hasta donde sé, se conserva ahora. Pero escuché a mi abuelo repetir muchos de ellos, y eran verdadera poesía, la mayoría de ellos eran satíricos o se burlaban de los héroes. Eran ingeniosos, agudos y dramáticos. El tío James era más o menos un “contenido y vergonzoso” Burns. Las circunstancias lo obligaron a pasar su vida en una remota granja en la Isla del Príncipe Eduardo; si él hubiese tenido las ventajas de la educación que están al alcance de cualquier escolar de hoy en día, estoy convencida de que no habría sido ni contenido ni vergonzoso.

La “tía Mary Lawson”, a quien dediqué *La niña de los cuentos*, era otra hija de William y Eliza Macneill. Ninguna historia de mi “carrera” estaría completa sin rendirle tributo a ella, porque fue una de las influencias formativas de mi niñez. Ella era realmente la más maravillosa mujer en muchos aspectos que hubiera podido conocer. Nunca tuvo ninguna ventaja educacional. Pero tenía una mente naturalmente poderosa, una inteligencia aguda y la más notable memoria la cual retendría hasta el día de su muerte todo lo que había escuchado, o leído, o visto. Era una conversadora brillante, y era un deleite conseguir que la tía Mary empezara a contar las historias y recuerdos de su juventud, y todos los vívidos hechos y dichos de las personas en aquellos años mozos de la provincia. Éramos “compinches”, ella y yo, cuando ella estaba en sus setentas y yo en mi adolescencia. No puedo, con ninguna de las palabras que conozco, pagar la deuda que tengo con la tía Mary Lawson.

Mi madre murió cuando yo tenía veintiún meses de edad, en el viejo hogar de Cavendish, después de una prolongada enfermedad. Recuerdo claramente verla en su ataúd, es mi primer recuerdo. Mi padre estaba de pie junto al ataúd sosteniéndome en sus brazos. Yo tenía puesto un pequeño vestido de muselina bordada, y papá estaba llorando. Las mujeres estaban sentadas alrededor de la habitación, y recuerdo a dos de ellas sentadas frente a mí en el sofá, estaban murmurando entre ellas y nos veían compasivamente a papá y a mí. Detrás de ellas la ventana estaba abierta, y verdes hojas de parra se arrastraban a través de ella, mientras sus sombras bailaban sobre el piso en una esquina iluminada por el sol.

Vi hacia abajo el rostro muerto de mamá. Era un rostro dulce, aunque desgastado y marchito por meses de sufrimiento. Mi madre había sido hermosa, y la muerte, tan cruel en todo lo demás, se había apiadado del delicado contorno de sus facciones, las largas y sedosas pestañas que rozaban sus delgadas mejillas, y las suaves masas de cabello castaño dorado.

No sentí ningún dolor, porque no sabía nada de lo que aquello significaba. Solo estaba vagamente preocupada. ¿Por qué mamá estaba tan quieta? ¿Y por qué papá estaba llorando? Me incliné y puse mi mano infantil contra la mejilla de mamá. Puedo sentir todavía la frialdad de ese toque. Alguien en la habitación sollozó y dijo “pobre niña”. El frío en el rostro de mi madre me asustó; me volví y puse mis brazos suplicantes alrededor del cuello de papá y él me besó. Reconfortada, volví a ver hacia abajo al dulce y plácido rostro mientras él me llevaba a otra parte. Ese único y precioso recuerdo es todo lo que tengo de la joven madre que duerme en el viejo cementerio de Cavendish, arrullada para siempre por el murmullo del mar.

II

Fui criada por mis abuelos en la antigua granja de los Macneill en Cavendish. Cavendish es un poblado de granjas situado en la costa norte de la Isla del Príncipe Eduardo. Estaba a once millas de las vías del tren y a veinticuatro millas del pueblo más cercano. Fue fundado en el año 1700 por tres familias escocesas: los Macneill, los Simpson y los Clark. Estas familias tuvieron matrimonios entre ellas a tal grado que era necesario ser nacido y criado en Cavendish para saber a quién se podía criticar. Una vez escuché a la tía Mary Lawson admitir ingenuamente que “los Macneill y los Simpson siempre se consideraron mejores que el común de los mortales”; y había un cierto dicho local, bastante malintencionado, el cual siempre nos era lanzado por los extraños a nosotros los del clan: “De la arrogancia de los Simpson, el orgullo de los Macneill y la vanagloria de los Clark, nos libre Dios”. Cualesquiera fueran sus defectos, eran personas leales, unidas, honestas y temerosas de Dios, heredaron tradiciones de fe, simplicidad y aspiración.

Pasé mi infancia y mi niñez en una anticuada granja de Cavendish, rodeada de huertos de manzanas. Los primeros seis años de mi vida son recuerdos borrosos. Por doquier, una imagen se destaca en vívidos colores. Una de estas fue el maravilloso momento en el que, supuse ingenuamente, descubrí la ubicación exacta del Paraíso.

Un domingo, cuando no tenía más de cuatro años, estaba en la vieja iglesia de Clifton con la tía Emily. Escuché al ministro decir algo sobre el Paraíso, ese extraño y misterioso lugar acerca del cual mi única idea definida era que fue “a donde mamá se había ido”.

“¿Dónde está el Paraíso?” le pregunté en un susurro a la tía Emily, aunque yo sabía bien que susurrar en la iglesia era un pecado imperdonable. La tía Emily no lo cometió. En silencio, gravemente, señaló hacia arriba. Con la credulidad literal e implícita de la infancia, di por sentado que eso significaba que era la parte de la iglesia de Clifton que estaba sobre el techo. Había un pequeño agujero cuadrado en el techo. ¿Por qué no podía atravesarlo y ver a mamá? Esto me confundía enormemente. Resolví que cuando creciera iría a Clifton y encontraría la manera de subir al Paraíso y encontrar a mamá. Esta creencia y esperanza fueron un verdadero, aunque secreto, consuelo para mí por varios años. El Paraíso no era un lugar lejano e inalcanzable, “alguna orilla resplandeciente pero lejana”. ¡No, no! ¡Estaba a solo diez millas de distancia, en el ático de la iglesia de Clifton! Muy, muy triste y lentamente me rendí a esa creencia.

Hood escribió, en su encantador *Yo recuerdo*, que él estaba lejos del Paraíso cuando era un niño. Para mí, también, el mundo parecía un lugar más frío y solitario cuando la edad y la experiencia al final impusieron en mi reacia conciencia de niña de siete años la desesperante convicción de que el Paraíso no estaba tan cerca de mí como había soñado. Acaso, estaba incluso más cerca, “más cercano que respirar, más cercano que las manos o los pies”, pero las ideas de la infancia son, necesariamente, muy concretas; y cuando una vez acepté el hecho de que los portones de perla y las calles de oro no estaban en el ático de la iglesia de Clifton, sentí como si pudieran estar más allá de la estrella más lejana.

Muchos de esos recuerdos tempranos están conectados con visitas a la granja del abuelo Montgomery en Park Corner. Él y su familia vivían entonces en la “casa vieja”, el más pintoresco, encantador y antiguo lugar según lo recuerdo, lleno de alacenas y recovecos, y pequeños e inesperados tramos de escaleras. Fue allí, cuando tenía alrededor de cinco años, que tuve la única enfermedad seria de mi vida: un ataque de fiebre tifoidea.

La noche anterior a que me enfermara estaba en la cocina con la servidumbre, sintiéndome bien como siempre, “bien despierta, sana y fresca como una lechuga”, como solía asegurar la vieja cocinera. Estaba sentada delante de la estufa y la cocinera estaba “atizando” el fuego con una larga y recta barra de hierro que se utilizaba con ese propósito. La puso sobre la chimenea y yo prontamente la atrapé, intentando “atizar” el fuego también yo, una ocupación que me gustaba mucho, me gustaba ver las brasas color rojo brillante caer sobre las cenizas negras.

¡Desgraciadamente tomé el atizador del extremo equivocado! Como resultado, mi mano se quemó terriblemente. Esa fue mi iniciación en el dolor físico, al menos, es el primer dolor que recuerdo.

Sufrí horriblemente y lloré amargamente; aun así, saqué una considerable cantidad de satisfacción de la conmoción que había causado. Por ese momento era espléndida y satisfactoriamente importante. El abuelo riñó a la pobre y distraída cocinera. Papá suplicó que se hiciese algo por mí, personas frenéticas lanzaban sugerencias y aplicaban una variedad de diferentes remedios. Al final lloré hasta quedarme dormida, con mi mano y mi brazo metidos hasta el codo en agua helada y pálida, esa fue la única cosa que me dio algún alivio.

Desperté a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza que empeoró a medida que avanzaba el día. En pocos días el doctor declaró que mi enfermedad era fiebre tifoidea. No sé cuánto tiempo estuve enferma, pero varias veces estuve desanimada y nadie pensó que había posibilidad de que me recuperase.

Al principio de mi enfermedad, mandaron a buscar a la abuela Macneill. Yo estaba tan encantada de verla que la emoción incrementó mi fiebre a un punto alarmante, y después de que se hubo ido, papá, pensando que me calmaría, me dijo que se había ido a casa. Él tenía buenas intenciones, pero fue una declaración infortunada. La creí implícitamente, demasiado implícitamente. Cuando la abuela vino de nuevo, nadie pudo convencerme de que era ella. ¡No! Ella se *había* ido a casa. En consecuencia, esta mujer debía ser la señora Murphy, una mujer que trabajaba a menudo en casa de mi abuelo, y ella era alta y delgada como mi abuela.

La señora Murphy no me caía bien y me rehusé de plano a tenerla cerca de mí. Nada podía convencerme de que era la abuela. Esto se consideró como delirio, pero yo no creo que lo fuese. Yo estaba muy consciente en ese momento. Era más bien la fija impresión hecha en mi mente en su débil estado por lo que papá había dicho. La abuela se *había* ido a casa, razoné, por consiguiente, ella *no* podía estar allí. *Por lo tanto*, la mujer que se parecía a ella debía ser alguien más.

No fue sino hasta que pude sentarme que superé esta alucinación. Una noche simplemente caí en la cuenta que de verdad era la abuela. Yo estaba tan feliz, y no podía soportar que no me tuviera en sus brazos. Seguía dando palmaditas a su cara constantemente y le decía con asombro y deleite, “Porque, *no* eres la señora Murphy, después de todo; *eres* la abuela”.

En aquellos días los pacientes de fiebre tifoidea no tenían una dieta estricta durante su convalecencia como tienen ahora. Recuerdo un día, mucho antes de que pudiera ser capaz de sentarme, y solo un poco después de que me hubiera bajado la fiebre, que mi cena consistió en salchichas fritas: exquisitas, picantes y deliciosas salchichas hechas en casa, las cuales no se pueden encontrar en estos deteriorados días. Era el primer día que sentí hambre, y comí vorazmente. Por supuesto, por todas las reglas del juego, aquellas salchichas debían haberme matado, y acertado esa “carrera” sobre la que estoy escribiendo. Pero no lo hicieron. Estas cosas están predestinadas. Estoy segura de que nada menos que la predestinación me salvó de las consecuencias de esas salchichas.

Dos acontecimientos del verano siguiente se destacan en mi memoria, probablemente porque fueron tan profunda e inexplicablemente amargos. Un día escuché a la abuela leer de un periódico un artículo que indicaba que el fin del mundo llegaría el siguiente domingo. En ese tiempo creía absoluta y lastimosamente en todo lo que estuviera “impreso”. Lo que sea que estuviera en el periódico debía ser verdad. He perdido esta conmovedora fe, me pesa decir, y la vida es más pobre por la ausencia de tantas emociones de encanto y horror.

Desde la vez que escuché esa sorprendente predicción hasta que el domingo había terminado, viví una agonía de terror y pavor. Los mayores se rieron de mí, y se rehusaban a tomar mis preguntas con seriedad. Ahora, yo tenía tanto miedo de que se rieran de mí como del Día del Juicio Final. Pero a lo largo de todo el sábado anterior a ese fatídico domingo distraje a la tía Emily hasta el cansancio al preguntarle repetidas veces si debíamos ir a la escuela dominical la tarde siguiente. Su aseguramiento de que por supuesto debíamos ir fue un significativo consuelo para mí. Si ella realmente esperaba que hubiera escuela dominical, significaba que ella no podía creer que el siguiente día sería el fin del mundo.

Pero así y todo, se había *imprimido*. Esa noche fue un tiempo de intensa desdicha para mí. Dormir estaba completamente fuera de cuestión. ¿Podría no escuchar “la última trompeta” en cualquier momento? Puedo reírme de ello ahora, cualquiera podría reírse. Pero era una verdadera tortura para una niña crédula, tan real como cualquier agonía mental en la vida posterior.

El domingo fue aún más interminable que lo que eran entonces usualmente los domingos. Pero llegó al final después de todo, y su “oscuro y descendiente sol” marcó hoyuelos el horizonte púrpura del golfo, y lancé un largo suspiro de alivio. El hermoso mundo verde de capullos y rayos de sol no se había calcinado; iba a durar un poco más. Pero nunca olvidé el sufrimiento de ese domingo.

Muchos años después usé el incidente como la base del capítulo “El domingo del Juicio Final” en *La niña de los cuentos*. Pero los niños del Huerto de los King tuvieron el respaldo de la compañía de cada uno. Yo fui aplastada en el lagar sola.

El otro acontecimiento fue mucho más insignificante. El “Martin Forbes” de *La niña de los cuentos* tuvo su prototipo en un anciano que visitó la casa de mi abuelo por una semana. Forbes no era su apellido, por supuesto. Él fue, creo, un amable, decente y respetado anciano caballero. Pero se ganó mi eterno odio por llamarme “Johnny” cada vez que me hablaba.

¡Cuánto lo odié! Me parecía el más mortal e imperdonable insulto. Mi rabia lo divertía y lo incitaba a seguir usando el reprobable nombre. ¡Podría haberlo hecho pedazos si hubiese tenido el poder! Cuando se fue me rehusé a estrechar su mano, tras lo cual él se rio a carcajadas y dijo, “Oh, bien, no te llamaré ‘Johnny’ otra vez. Después de esto te llamaré ‘Sammy’”, lo cual fue, por supuesto, añadir combustible al fuego.

Por años, no podía escuchar el nombre de esa persona sin un sentido de ardiente enojo. Cinco años completos después, cuando tenía diez, recuerdo que escribí esto en mi diario: “El señor James Forbes está muerto. Él es el hermano de un espantoso hombre de Summerside que me llamaba ‘Johnny’”.

Nunca vi al pobre anciano señor Forbes de nuevo, así que nunca tuve que soportar la indignación de ser llamada “Sammy”. Ahora él también está muerto, y me atrevo a decir que el hecho de que me llamase “Johnny” no salió a relucir en el juicio en su contra. Podría haber cometido lo que podrían considerarse mayores pecados que incluso no infligirían en alguien la décima parte de la humillación la cual su burla infligió en la sensible mente de una niña.

Esa experiencia me enseñó una lección, al menos. Nunca me burlo de un niño. Si tuviera cualquier tendencia a hacerlo, seguramente sería prevenida por el profundo recuerdo de lo que sufrí a manos del señor Forbes. Para él, era simplemente “divertido” tomarle el pelo a una niña “susceptible”. Para mí, era el veneno del áspid.